

al estar arriba, mientras Julio acostaba á la niña, la dió un beso en la frente, el beso de adiós de un padre, que entrega su hija á un yerno. Después al verlos mirarse, poco menos que embriagados de amor los acostó, les dió las buenas noches desde la puerta y se fué.

—¡Qué diablo! pensó al meterse en la cama, la función me ha costado cincuenta francos; pero se los debía... yo lo creo. Por otra parte no tengo más que un deseo, el que su marido haga dichosa á esa sencilla y buena mujer.

Y contento de su buen corazón resolvió, antes de dormirse, dar el golpe decisivo en la noche siguiente.

Los lunes, después de comer, ayudaba Octavio á Mad. Hedouin á examinar los pedidos de la semana. Para esto se encerraban los dos en un gabinete retirado, un cuarto pequeño en donde no había más que una caja, un escritorio, dos sillas y un canapé. Pero aquel lunes habían convidado á la ópera cómica los Duveyrier á Mad. Hedouin, y con este motivo llamó al joven á las tres de la tarde. A pesar de ser muy de día tuvieron que encender el gas, porque el gabinete no recibía más que la escasa luz de un patio interior. Octavio echó el cerrojo

por dentro, y al notar que le miraba con extrañeza:

—Es, dijo para que nadie venga á interrumpirnos.

Ella aprobó con un signo de cabeza su determinación y comenzaron á trabajar. Las novedades para el verano se vendían muy bien, las utilidades de la casa aumentaban, aquella semana particularmente las lanas se habían vendido en gran cantidad, todo anunciaba nuevas ganancias, y Mad. Hedouin murmuró suspirando:

—¡Ah! si tuviéramos espacio... el negocio sería mayor.

—De V. depende, contestó Octavio comenzando el ataque... Tengo una idea desde hace algún tiempo y deseo comunicársela á V.

Su verdadero deseo era mostrarle su audacia. Tratábase de comprar la casa contigua de la calle nueva de San Agustín, de despedir á un paragüero y á un quinquillero, y ensanchar con estas tiendas los almacenes para poder tener grandes escaparates. Mostrábase al hablar lleno de desprecio por el antiguo comercio, viviendo en miserables covachuelas sin ostentar las mercancías, y ponderaba las maravillas del comercio nuevo, haciendo todo el lujo femenino en palacios

de cristal, removiendo millones durante el día, apareciendo por la noche brillante como la iluminación de una fiesta regia.

—De este modo mataría V. el comercio del barrio de San Roque, añadió, atraería usted á su casa la clientela de los demás. Hoy por ejemplo, le perjudica á V. el comercio de sedería de Vabre, aumente V. el número de escaparates, ponga V. en uno de ellos muestras de sedería, y antes de cinco años le obliga V. á quebrar. Además, favorece este pensamiento la calle del diez de Diciembre que debe ir desde el teatro de la gran Ópera á la Bolsa, y que según anuncian debe abrirse muy pronto. Mi amigo Campardon me lo ha asegurado. Ésto como usted comprende, duplicará, triplicará los negocios en el barrio.

Mad. Hedouin le escuchaba con su bella y grave cabeza apoyada en la mano y el codo sobre un libro de caja. Había nacido en el almacén que dirigía fundado por su padre y su tío, amaba la casa, la veía ensancharse, devorar las casas vecinas, ostentar una fachada monumental, y este ensueño agradaba á su viva inteligencia, á su voluntad firme, á la intuición delicada de mujer que tenía del nuevo París.

—Jamás querrá hacer eso el tío Deleuze,

dijo... y además, mi marido está demasiado enfermo.

Al verla un tanto quebrantada, Octavio empleó su voz de seducción, voz de actor, dulce, melodiosa, procurando dominarla al mismo tiempo con sus ojos de color de oro viejo, que según las mujeres, son irresistibles. Pero en vano ardía el mechero de gas cerca de su nuca, permanecía sin calor en la piel, y lo único que experimentaba era una especie de éxtasis producido por las palabras del joven. Este decía, que había estudiado el asunto, que había hecho cálculos, que tenía formulado el proyecto y hablaba de números, con la pasión de un romántico para expresar su amor á la señora de sus pensamientos. De pronto salió Mad. Hedouin de sus meditaciones hallándose en los brazos de Octavio, que la empujaba hacia el canapé creyendo que por fin accedía á sus deseos.

—¡Dios mío! ¿Todo eso era para esto? dijo con acento de tristeza, desembarazándose de él como de un niño inoportuno.

—Pues bien, sí, yo la amo á V. gritó Octavio. No me rechace V... con su amor soy capaz de lo más grande, de lo más...

Y continuó el discurso que el lector advina. Ella sin interrumpirle, hojeando el li-

bro, aguardó á que acabase, y cuando terminó:

—Ya sé todo eso, murmuró, ya me lo han dicho... pero le creía á V. más inteligente que los demás, M. Octavio. Me da usted pena, porque la verdad es que contaba con V.; pero está visto, todos los jóvenes carecen de juicio... Venga V. acá... ¿no comprende V. que con una casa como ésta es necesaria mucha sensatez? Todo el tiempo es poco y quiere V. una cosa que nos molestaría día y noche. Aquí no soy una mujer... los negocios me absorben... Vamos á ver, V. que está tan bien organizado, ¿cómo no ha comprendido V. que jamás haría yo eso que V. quiere, primero porque es tonto, luego porque es inútil, y en último resultado, porque jamás se me ocurre experimentar el más pequeño deseo?

Octavio habría preferido que se encolerizase mostrando una gran indignación, expresando los más sublimes sentimientos. Su voz tranquila, su raciocinio de mujer práctica, la seguridad que tenía de sí, le desconcertaron.

—Tenga V. piedad de mí, balbuceó. Pienso V. que sufro atrozmente.

—¡Ca...! se figura V. que sufre, pero no es verdad. Aunque así fuera, se curaría us-

ted en seguida... Pero llaman... más le vale á V. ir á abrir la puerta.

Descorrió el cerrojo y se presentó Gasparina que deseaba saber si esperaban camisas con entredoses. La sorprendió que estuviera echado el cerrojo, pero conocía demasiado á Mad. Hedouin, y cuando la vió con su aire glacial en presencia de Octavio todo cortado, miró al último acompañando á su mirada una sonrisa burlona, lo que le exasperó, acusándola en su fuero interno de haber evitado la realización de sus desig-nios.

—Señora, dijo bruscamente cuando se fué Gasparina: hoy mismo me despido.

Mad. Hedouin asombrada le miró:

—¿Se va V. de la casa? dijo.

—Si señora.

—¿Por qué...? yo no le echo á V... Lo que ha pasado no vale la pena ni de mentarlo... por mi parte no tengo miedo alguno... Estoy segura de mí.

Esta frase acabó de ponerle fuera de sí, y anunció que se iba en el acto porque no podía sufrir aquel martirio ni un minuto más.

—Está bien, añadió con serenidad. Voy á ajustar su cuenta de V. en seguida... pero de todos modos la casa lo sentirá porque es usted un buen dependiente.

Al verse en la calle, comprendió Octavio que había hecho una solemne tontería. Daban las cuatro, y el sol primaveral llenaba todo un ángulo de la Plaza Gaillon. Furioso contra sí se encaminó al azar por la calle de San Roque discutiendo la conducta que debía haber observado. En primer lugar, ¿por qué no había hecho carocas á Gasparina? Esto era sin duda lo que ella deseaba, pero no le gustaban las mujeres como á Campardon tan secas y delgadas. Además, era posible que no le hubiera hecho caso, porque parecía una de esas damas de virtud rígida para con los adoradores del domingo cuando tienen á su disposición un amante durante el resto de la semana. Después pensaba que había sido un niño al empeñarse en conquistar el amor de Mad. Hedouin. Más le valía haber hecho su negocio en la casa sin tratar de tener al mismo tiempo el pan y la cama. Hubo un momento en el que resolvió volver á la tienda y confesar sus culpas; pero la soberbia tranquilidad de la mujer de su principal, reanimó su vanidad y siguió avanzando hacia la calle de San Roque. ¡Lo hecho, hecho estaba! Y conforme con su suerte entró en la iglesia á ver si por casualidad estaba en ella Campardon con ánimo de llevarsele al café, para tomar una

copa de Madera. ¡De este modo se distraía! Penetró por el vestibulo donde había una puerta próxima á la sacristía que abría paso á un corredor negro y sucio.

—¿Busca V. á M. Campardon? dijo una voz al lado suyo, cuando buscaba aquella puerta.

El que le preguntó era el cura Manduit que le reconoció y le dijo que el arquitecto no estaba; pero se obstinó en enseñar al joven las obras que se hacían en el Calvario, para él del mayor interés. Le llevó al trascoro, le enseñó la capilla de la Virgen con las paredes de mármol blanco, en cuyo altar hay en la parte superior una Sacra Familia de un estilo churrigueresco; después le llevó á la capilla de la Adoración perpetua con sus siete lámparas de oro, con los candelabros de oro y el altar de oro, brillando en medio de la sombra que producen los cristales de color de oro. Pero allí á derecha y á izquierda vallas de tablas impedían llegar al fondo del ábside, y en medio del silencio, por encima de negras sombras arrojadas que balbuceaban oraciones, resonaban los golpes de las piquetas y las voces de los albañiles.

—Entre V., dijo el cura remangándose un poco la sotana, entre V. y yo le explicaré lo que estamos haciendo.

Detrás de la valla ó empalizada había un gran montón de piedra, yeso y ladrillo, un trozo de la iglesia desmantelado; cal, herramientas, etc. A la izquierda se veía la décima Estación, Jesús clavado en la Cruz, y á la derecha la duodécima, las tres Marias en torno del Redentor, pero el grupo del centro, la Estación undécima había sido quitada de su sitio y arrimada á la pared. Allí era donde trabajaban los operarios.

—Mi propósito, añadió el cura, es alumbrar el grupo central del Calvario por la parte superior... Será de un gran efecto, ¿no es verdad?

—Si señor, murmuró Octavio á quien aquel paseo entre escombros sacaba de sus preocupaciones.

El cura levantando la voz, tenía todo el aspecto de un maquinista en jefe disponiendo la colocación de una decoración teatral.

—Yo deseo, prosiguió, la más severa naturalidad, nada más que paredes de piedra sin pinturas ni adornos. Es necesario que esto sea una cripta, algo de subterráneo y de triste... Pero el gran efecto será el Cristo en la cruz teniendo á sus piés á la Virgen y á la Magdalena. Le coloco encima de una roca, destaco las figuras blancas sobre un fondo gris y le ilumino todo por arriba como

por una luz invisible, como por una claridad que las hace avanzar, que las anima con una vida sobrenatural... Ya verá V... ya verá V. qué efecto.

Y volviéndose hacia un operario:

—Separe V. á la Virgen de ahí, gritó, va usted á acabar por romperla una pierna.

El obrero llamó á un camarada, entre los dos cogieron á la Virgen y la colocaron á un lado como á una joven pálida que hubiera caído víctima de un ataque de nervios.

—Con cuidado, decía el cura siguiéndolos por encima de los escombros y levantando un poco la sotana, ya se ha estropeado el manto... ¡Esperen ustedes!

Y cogiendo á su vez á la Virgen por la espalda los ayudó á bajarla manchándose de yeso.

Volviendo á Octavio:

—Después que esto esté concluido, añadió, imagine que los dos vanos de la nave están abiertos y vaya V. á colocarse en la capilla de la Virgen. Por encima del altar, á través de la capilla de la Adoración perpetua percibirá V. el Calvario en el fondo... ¡Oh! ya verá V. entonces el efecto que producen las tres grandes figuras, ese drama sencillo en este fondo del tabernáculo á favor de la media luz de las vidrieras y de la

claridad de las lámparas y de los candelabros de oro... ¿Eh? ¿no le parece á V. que será un efecto irresistible?

El eclesiástico entusiasmado con su plan era elocuente y se reía de gusto.

—Los más escépticos se conmovieron, dijo Octavio para lisonjearle.

—¿No es verdad que sí? ¡Oh! estoy impaciente por ver terminadas las obras.

Al volver al templo olvidándose del lugar donde estaba, conservó su voz y su aspecto de maestro de obras, habló de Campardon con el mayor elogio; un hombre, dijo, que de haber vivido en la Edad Media habría tenido un admirable sentimiento del arte religioso. Hizo salir á Octavio por la puerta pequeña y le detuvo aún algunos instantes en el patio del presbiterio. Allí al lado vivía en el piso segundo, una casa grande y vetusta que no tenía más inquilinos que los curas que prestaban servicios en San Roque. Un olor de convento, un murmullo parecido al que se oye cerca de los confesonarios salía del vestíbulo.

—Esta noche iré á ver á M. Campardon, dijo el cura; hágame V. el favor de rogarle que me espere... Deseo hablar con él sobre ciertas mejoras que pueden introducirse...

Se despidió y Octavio se quedó muy tran-

quilo. Su estancia en el templo había aflojado sus nervios. Miró con curiosidad aquella entrada de la iglesia á través de una casa particular, la portería y todo aquello perdido en medio del barrio donde se hallaba. Al salir á la calle, miró la fachada de la casa que ocultaba el templo con sus ventanas enrejadas y sin cortinillas, con algunos tiestos de flores sujetos con barras de hierro, y reparó en las tiendas de que sacaban partido los curas, una zapatería, una relojería, una bordadora y un despacho de vino, donde se daban cita los sepultureros cuando había algún entierro. Octavio dispuesto por su derrota á renunciar al mundo, pensó en la tranquila existencia que debían tener las amas de los curas en aquellos cuartos, cuyas ventanas adornaban tiestos de verbenas y de geráneos.

Por la tarde, á las seis y media, al entrar en casa de los Campardon, encontró al arquitecto y á Gasparina, que estaban dándose besos en la antesala. Ella, que acababa de llegar del almacén, no se había cuidado de cerrar la puerta, razón por la cual entró el joven como Pedro por su casa. Los dos, al verle, quedaron petrificados.

—Mi mujer, dijo el arquitecto, por decirle algo, está atusándose un poco... puede V. entrar á verla.

Octavio, no menos cortado que ellos, se apresuró á llamar á la puerta del cuarto de Rosa, donde penetraba siempre, como si fuera de la familia. Era imposible que continuase yendo allí á menudo para sorprenderlos detrás de las puertas.

—Adelante, dijo Rosa... ¡Ah! es V., Octavio. Entonces no importa.

Como no se puso el peinador para recibirle, pudo el joven ver sus hombros y sus brazos desnudos, de una delicadeza y una blancura de leche. Mirándose atentamente al espejo rizaba sus dorados cabellos. Todos los días pasaba mucho tiempo estudiándose los granitos que le salían en la piel y acicalándose, para sentarse después en una butaca, con el lujo y la belleza de un ídolo sin sexo.

—Se está V. poniendo guapa para esta noche, dijo Octavio.

—¡Bah! esta es mi única distracción... Me divierto así... ¡Yo nunca he sido mujer de mi casa, y ahora que está ahí Gasparina mucho menos...! Veo que los rizitos me favorecen y me consuelo cuando estoy bien vestida y engalanada.

Como aún no estaba la comida, contó Octavio su salida del comercio de Mad. Hedouin, inventando una historia, pretextan-

do otra posición deseada por él desde hacía tiempo. De este modo preparaba el terreno para pretextar un motivo que le obligase á dejar de ser pensionista de los Campardon. Rosa no comprendía cómo había abandonado una casa donde tenía tanto porvenir; pero como la preocupaba su tocado, apenas hizo caso de aquel suceso.

—Vea V. eso encarnado que tengo detrás de la oreja, le dijo... ¿es un granito?

Octavio tuvo que examinar el cuello, que le presentó con su tranquilidad de mujer sagrada.

—No es nada, dijo... se habrá V. frotado con la tohalla, al secarse, más de lo regular.

Después la ayudó á ponerse una bata de satén azul, bordada de plata, y los dos pasaron al comedor. Desde la sopa comenzó á hablarse de la salida de Octavio de casa de los Hedouin. Campardon se admiraba, mientras que Gasparina se mordía los labios, para ocultar una sonrisa maliciosa que retozaba en ellos. Por lo demás, tanto él como ella, no podían mirarse cara á cara. El joven concluyó por conmoverse ante las amabilidades que tenían para con Rosa. Campardon llenaba su vaso, Gasparina la servía lo mejor de cada plato. ¿Le gustaba el pan? porque si no mudarían de panadero. ¿Quería una

almohada para tener más blanda la espalda? Y Rosa llena de gratitud les suplicaba que no se molestasen por ella. Comía bien, estaba entre ellos como una reina, con su turgente cuello de bella rubia en su elegante bata, teniendo á la derecha á su marido, que adelgazaba, y á la izquierda á la prima seca, negruzca, con los hombros encogidos bajo su traje negro, y las carnes fundidas por la pasión.

A los postres, Gasparina riñó á Lisa, porque respondía mal á la señora al hablar de un pedazo de queso que se había evaporado. La doncella se mostró muy humilde. Ya la primita había tomado á su cargo la dirección de la casa y domesticado á las criadas. Con una palabra hacía temblar á Victoria ante sus cacerolas. Así es que Rosa, agradecida al ver que tomaba su defensa la envió una mirada cariñosa: la respetaban desde que ella estaba allí y su deseo era que ella también abandonase el comercio de Mad. Hedouin, para encargarse de la educación de Ángela.

—Vamos, murmuró con voz afectuosa, en esta casa hay mucho en qué ocuparse... Ángela, suplica á tu prima, dile el placer que tendrías en completar á su lado tu educación.

La niña suplicó al mismo tiempo que Lisa hacia con la cabeza una señal de aprobación. Pero Campardon y Gasparina permanecieron graves. No, no, era preciso esperar; no se podían tomar resoluciones trascendentales con tanta ligereza.

Las noches que se pasaban en la sala eran deliciosas. El arquitecto no salía. Precisamente aquella noche tenía que colgar en el cuarto de Gasparina unas estampas que habían llevado por la tarde provistas de sus correspondientes marcos: Mignon mirando al cielo, una vista de la fuente de Vaucluse y otras varias. Con este motivo estaba contentísimo, la barba espantada, las mejillas encarnadas por haber comido mucho, feliz y satisfecho en todos sus apetitos.

Llamó á la prima para que alumbrase y se le oyó clavar los clavos, subido en una silla. Octavio, aprovechando la circunstancia de quedar á solas con Rosa, reanudó su historia y expuso que al concluir el mes se vería obligado á almorzar y á comer en otra parte. Ella pareció sorprendida, pero estaba preocupada, y fijándose en su marido y en la prima, que se reía:

—¿Los ve V., dijo, cómo se divierten en colgar esos cuadros? A mí me encanta verlos así. Aquiles no sale ya de noche, hace

quince días que no me abandona. Ni va al café, ni tiene citas para tratar de asuntos, ¡oh! recuerde V. qué malos ratos pasaba antes esperándole...! ¡Qué inquietud cuando daban las doce sin que volviese! Hoy, por el contrario, disfruto una tranquilidad completa. Al menos está cerca de mí.

—Es verdad, dijo Octavio.

Rosa continuó hablándole de la economía que resultaba de vivir todos juntos. Las cosas estaban á punto y la alegría reinaba á todas horas.

—¡Cuando veo á Aquiles contento, añadió, soy feliz!

Después, volviendo á ocuparse en los asuntos del joven:

—¿Con que seguramente nos deja V.? le dijo. No sea V. así, continúe V. favoreciéndonos, ahora que todos somos dichosos.

El joven se excusó de nuevo, Rosa comprendió y bajó los ojos. Con efecto, Octavio empezaba á estorbar las expansiones de la familia y hasta experimentaba como un consuelo porque les dejaba, tanto más cuanto que ya no le necesitaba para que la acompañase en las largas noches de soledad. Pero le obligó á ofrecer que iría á verla con frecuencia.

—Colgada Mignon, gritó alegremente el

arquitecto. Espérese V., prima, voy á ayudarla á bajarse.

Se comprendió que la cogía en brazos y que la dejó en el suelo. Hubo un silencio y luego una risa. Pero el arquitecto volvió á la sala y presentó una de sus mejillas á su esposa para que le besase.

—Ya hemos acabado, monona mía... dijo. Da un besito á tu cielo por lo bien que ha trabajado.

Gasparina llegó con un bordado y se sentó cerca de la luz. Campardon se puso, para distraerse, á recortar una cruz de la legión de honor que halló en una etiqueta, y se ruborizó cuando Rosa quiso prenderle con un alfiler en el ojal aquella condecoración de papel. Los tres se miraron con aire de misterio: alguien había ofrecido al arquitecto la cruz. Al otro lado de la lámpara Angela, que estudiaba una lección de *Historia Sagrada*, levantaba de cuando en cuando la cabeza y dirigía miradas con su aire enigmático de niña bien educada, aleccionada en saber callar, y cuyos verdaderos pensamientos eran un impenetrable secreto. Nada más tranquilo que aquel cuadro; era una escena patriarcal de una honradez encantadora.

El arquitecto tuvo de pronto un escrúpu-

lo de pudor. Notó que su hija leía por encima del libro que tenía en las manos la *Gaceta de Francia*, que estaba sobre el velador.

—Ángela, dijo con severidad, ¿qué es lo que haces? Esta mañana he borrado el artículo con el lápiz encarnado. Ya sabes que no debes leer lo que yo borre.

—Papá, leía al lado, respondió la niña.

No por eso dejó de quitar el periódico, quejándose á Octavio de la desmoralización de la prensa. También aquel día contaba los detalles de un crimen abominable. Si las familias no podían recibir en su seno un periódico como la *Gaceta de Francia*, ¿á qué periódico suscribirse? Y levantaba las manos al cielo, cuando Lisa anunció al cura Manduit.

—¡Calle! y es verdad, dijo Octavio, ahora recuerdo que me encargó que anunciase á V. su visita.

El cura entró con rostro risueño; y como el arquitecto se olvidara de quitarse la cruz de papel, se inmutó al notar su sonrisa. Precisamente el cura de San Roque era la persona que gestionaba para alcanzarle la deseada condecoración.

—¡Estas señoras son las que... balbuceó Campardon... unas locas!

—Consérvela V., contestó el cura con

amabilidad. Está bien en ese sitio hasta que la reemplacemos por otra de verdad.

Acto continuo preguntó á Rosa por el estado de su salud y aprobó que Gasparina se hubiera ido á vivir con personas de su familia. ¡Corrían tantos riesgos las señoras solas en París! Todo esto lo decía con la unión de un buen sacerdote, sin ignorar lo que pasaba. Después habló de las obras de la iglesia y propuso una modificación; pero más parecía que había ido allí para bendecir la buena unión de la familia, y salvar de este modo una situación delicada, que se prestaba á habladurías en el barrio. El arquitecto del Calvario debía tener el respeto de las gentes honradas.

Octavio se despidió al entrar el cura, y al pasar por la antesala oyó en medio de la oscuridad la voz de Ángela que también se había escapado.

—¿Era por la manteca por lo que gritaba? preguntaba.

—Ya se ve que sí, respondió otra voz, la de Lisa. Es más mala que la tiña. Ya ha visto V. en la mesa cómo me ha puesto las peras á cuarto... ¡Pero me tiene sin cuidado! Con una mujer de su género hace una que obedece, y no por eso deja de hacer su santa voluntad.

Entonces Angela debió abrazar á Lisa porque se oyó su voz ahogada murmurar.

—Tienes razón... y además... tanto peor para ella. A quien yo quiero es á tí.

Octavio subía á acostarse, cuando la necesidad de respirar aire puro le impulsó á salir á la calle. Eran las diez á lo sumo, y podía ir paseando hasta el Palacio Real. En aquel momento se consideraba como soltero; ni Valeria ni Mad. Hedouin habían querido hacerle caso, y se había apresurado demasiado á devolver á Julio su Maria, la única mujer que había conquistado y precisamente sin costarle trabajo. Procuraba reirse de su situación, pero en el fondo estaba triste; y recordando con amargura sus triunfos de Marsella, veía un mal presagio, un abandono de la suerte en la derrota de sus seducciones. Cuando no tenía faldas á su lado sentía un frío glacial. ¡Hasta Mad. Campardon le había dejado partir sin derramar una lágrima! Necesitaba resarcirse de aquellos descabros. ¿Por ventura iba á negarle París lo que Marsella le había otorgado?

Al poner el pié en la acera, una voz femenil le llamó y reconoció á Berta que estaba en el dintel de la puerta de la tienda cuyas maderas ponía un doméstico.

—¿ Es cierto, M. Mouret, le dijo, que

se ha salido V. de casa de los Hedouin?

Octavio se sorprendió de que ya se supiera en el barrio lo ocurrido. Al ver confirmada la noticia, Berta llamó á su esposo. Puesto que se proponía verle al día siguiente, mejor era que se aprovechase la ocasión de hablar con él. Augusto con su cara de mal humor y sin preámbulos, preguntó á Octavio si quería entrar á su servicio. Éste, cogido de improviso vacilaba y estaba á punto de excusarse pensando en la escasa importancia de aquel comercio; pero vió el bonito rostro de Berta que le sonreía con la acostumbrada amabilidad, y halló en él aquella alegre mirada que le había dirigido dos veces en la escalera, el día de su llegada y el de la boda.

—Pues bien, si, acepto con mucho gusto, dijo resueltamente.